

EL SENADO ACUSA...

El senador Sam J. Ervin: «No se ha tratado de robar dinero o joyas, sino algo de un valor muy superior: el derecho del pueblo de los Estados Unidos a elegir libremente su gobierno». Abre así el senador la audiencia pública del Comité Judicial del Senado que ha de juzgar el caso de Watergate. ¿Quién hará su papel dentro de unos años, cuando el asunto se lleve al cine? Lástima que ya no pueda ser Charles Laughton; es un poco su rostro el de Sam Ervin, y su juego. Pero, ¿no está Sam Ervin, a su vez, representando un papel? ¿Va a hacerse toda la verdad, con el consabido «caiga quien caiga» que ahora se repite? Sigue hablando Ervin al abrir la sesión, abierta el 17 de mayo en el Senado, y que puede durar meses: «No haré excepciones con nadie, sea quien fuere y cualquiera que sea el puesto que ocupe en este mundo». Y los ojos y las cámaras de televisión se fijan en la mesita preparada para los testigos y los acusados, la mesita banquillo: y se imaginan ya a Nixon declarando ante el Senado: ante el pueblo. ¿Todo esto es verdad? ¿No inspiraba mayor margen de credibilidad aún el viejo y honesto juez Warren, y los papeles de su comisión, cuando se estudió el asesinato del Presidente Kennedy, no son más que un montón confuso de volúmenes que no han convencido a nadie?

Un caballero del Sur

Se traza el perfil de Sam Ervin. Setenta y seis años, senador por Carolina del Norte. Un rostro sonrosado de buena salud, una cabeza plateada; los símbolos de la confianza. Una mirada que pasa del candor a la astucia con un movimiento de cejas, no demasiado espesas, pero de trazo firme y oscuro. «Es como nuestro tío favorito», escribe un periodista (William Millinship). Lleva casi veinte años de senador: desde 1954. Tiene las virtudes y los defectos de los sureños. Se le reprocha su renuencia a mostrarse en favor de los derechos civiles (los negros), se le elogia su pasión en defensa de las libertades civiles (los blancos). En los temas de Vietnam ha sido siempre un «halcón», un partidario de la fuerza y la guerra. Ha mantenido la obligatoriedad de la enseñanza religiosa, de las oraciones en las escuelas. Ha defendido a los blancos del Sur que no autorizaban la entrada de negros en sus establecimientos. Se opone a todos los que, en el Senado, quieren reducir los gastos militares: todo el dinero que vaya al Pentágono le parece poco. Al mismo tiempo se opone a que se concedan más poderes a la policía sobre el ciudadano (defiende la inviolabilidad del domicilio, no acepta la detención preventiva), ha luchado para evitar que las oficinas de información militar se entrometan en las vidas privadas de los civiles y las investiguen, defiende la Constitución, que le parece «la obra más hermosa que haya creado la mente del hombre», y cita sus

frases y sus párrafos continuamente. Y tiene una idea de la conciencia: «No es aquello que impide al hombre pecar, sino lo que no le permite que goce de su pecado». Una frase muy ambigua, que puede hacer fortuna en muchos medios. Presume de una cierta aristocracia celta. Y fue uno de los que votaron en contra de aquel Comité que comenzó ya a arruinar la democracia americana, el Comité McCarthy de actividades antiamericanas, el de la «caza de brujas».

de que la inmunidad de la Casa Blanca cubriera a algunos testigos, Sam Ervin mandó al sargento de Armas del Senado que detuviera a los que no comparecieran, amparándose en ella.

Un personaje demasiado típico, demasiado buscado. Ahora, un héroe de la televisión, de la media docena de canales privados que transmiten implacablemente los debates, el «caiga quien caiga». La televisión tiene urgencia en sumarse a la carrera de verdades. Ha

supuesto de medio millón de dólares, tiene como límite para la presentación de su informe al Senado el del 28 de febrero de 1974. Tiene por misión estudiar «un caso de conspiración, obstrucción a la justicia, perjurio, robo, espionaje ilegal». La realidad va mucho más allá: tiene por misión saber si el Presidente Nixon es culpable o no, cosa que cualquier tribunal ordinario tendría que rehuir; tiene por misión restaurar el sistema de tal forma agredido y restaurar la confianza en la democracia. Es decir, tiene que mostrar que la democracia tiene recursos contra los abusos de poder, aun cuando éstos perviertan en sus fundamentos el sistema democrático. Uno es la prensa libre, otro el Senado elegido por el pueblo «y para el pueblo», como dicen las palabras históricas. Es decir, que el Senado tiene en este momento, por su Comité, y precisamente por Ervin, una misión tan delicada —¿imposible?— como devolver la fe en la democracia americana al país —y al mundo—, llegando hasta todos los límites. Los límites posibles... ¿Está en los límites posibles la destitución del Presidente? Lo está. Previsto en la Constitución, artículo 1.º, sección tercera: «El Senado tendrá exclusivamente el poder de enjuiciar a sus miembros (...). Si se enjuicia al Presidente de los Estados Unidos, la Presidencia corresponderá al presidente del Tribunal Supremo, y nadie podrá ser condenado sino por mayoría de dos tercios de los miembros pre-

LA GRAN CRISIS DE WATERGATE Y SUS IMPLICACIONES

Es, repitámoslo, una figura típica de gran caballero del Sur. Su dureza puede ser increíble. De lenguaje y de obra. Se le recuerda atacando la ley de nuevas normas para perseguir el crimen (ley anticrimen se llamó) del fiscal general, Mitchell (hoy, implicado en lo de Watergate); después de considerarla «un modelo para crear un estado policíaco», la consideró como «un cubo de basura donde se revuelven los residuos más represivos, intolerantes, vindicativos, feos y estrechos de miras que haya considerado nunca el Senado». Y de obra: cuando Nixon dio órdenes

sido la prensa escrita, principalmente el «Washington Post» y el «New York Times», quien ha esclarecido, profundizando, hostigando, el caso Watergate, sin dejar que se corrompiese o se perdiese. La televisión no quiere ahora perder su mayor baza, aquella a la que la prensa difícilmente puede alcanzar: la retransmisión directa. Un rostro como el de Sam Ervin se paga con oro...

La fe en la democracia

El Select Committee, ayudado por funcionarios expertos, con un pre-

La casa de San Clemente, comprada por Nixon con fondos cuyo origen no parece claro.





El senador Sam J. Ervin y Howard J. Baker, presidente y vicepresidente del Comité Investigador especial del Senado para el caso Watergate.

sentes» (párrafo sexto). «En los casos de juicio político, el fallo no podrá ir más allá de la remoción del cargo e inhabilitación para ocupar y desempeñar cualquier cargo honorario, de confianza o remunerado de los Estados Unidos; sin embargo, la parte condenada será responsable y puede ser objeto de acusación, juicio, sentencia y castigo de acuerdo con la ley» (párrafo séptimo).

La remoción de su cargo de Nixon traería la ocupación automática de la Presidencia por el vicepresidente Agnew. Hay quien teme más esa solución: Agnew es un «ultra» en todos los sentidos de la expresión. Pero, ¿quién asegura que Agnew no va a aparecer implicado en la investigación? Hay ya rumores serios contra él. Si se inhabilitase a Agnew, el Presidente sería el del Senado hasta las elecciones. Pero todo esto es adelantar un poco los acontecimientos. El Comité de Ervin —un Comité de siete miembros, cuatro demócratas y tres republicanos; Ervin es demócrata— no tiene poder para ello; solamente el de someter su veredicto, su informe al pleno del Senado, y el Senado ha de votar, como queda dicho, por mayoría de dos tercios. Puede pasar mucho tiempo. Hay quien supone que la propuesta que Nixon hizo el día 15 de una reforma constitucional para que la Presidencia se limitase a un mandato único de seis años es una artimaña para poder encontrar una salida «sin perder la cara» a su actual situación: al cumplir los seis años de poder —lo cual ha de suceder en 1975— abandonaría el cargo, aunque esté elegido por más tiempo. Anunciándolo antes, conjuraría los riesgos... Pero es demasiado tarde. Por otra parte, si Nixon resulta directamente acusado —y las

ricano se encuentra con que la Casa Blanca estaba ocupada por un puñado de «gangsters», con o sin la anuencia del Presidente. En último caso, el Presidente había escogido como consejeros unas personas a las que debía conocer profundamente. Es difícil que el grupo de «gangsters» tenga acceso a la Casa Blanca si no es por un conjunto de hechos que incluso preceden a la época en que Nixon fue elegido Presidente por primera vez, y que entroncan con toda su carrera política. Pero es difícil, también, pensar que la Casa Blanca ha estado inmune a esta corrupción hasta la llegada de Nixon. Los personajes secundarios —antiguos agentes de la CIA y del FBI, abogados manipuladores, funcionarios dudosos— ligan esta administración con las anteriores, pero también unen a este Nixon con el Nixon anterior. La corrupción de la democracia procede de la entraña misma de las situaciones históricas del país, de los procesos antidemocráticos que han ido saliendo poco a poco a la superficie. Por otra parte, nada indica que todo pueda detenerse en un proceso político, en una defensa del sistema del pueblo a elegir su gobier-

desia. Las Naciones Unidas votaron el bloqueo de Rhodesia, pero en enero de 1972 los Estados Unidos lo violaron para continuar importando cromo: en beneficio de la Union Carbide Corporation. Pero, ¿de quién era la UCC? De Kenneth Rush, secretario adjunto de Estado. Intimo de Nixon... El periodista Bruce Ouess comienza ahora a acusar a la Casa Blanca y al Departamento de Estado de haber traficado de alguna manera con el cromo de Rhodesia... Grandes y pequeños, los «affaires» están brotando; justa o injustamente.

La pérdida de ilusiones

¿Por qué precisamente ahora? ¿Es el escándalo de Watergate más grave que otros? ¿Es más grave que todas las implicaciones que podría haber traído el asesinato de Kennedy de haberse conocido sus últimos detalles? ¿Más grave que la terrible contracción del país por el Comité McCarthy? ¿Más grave que la inundación de los sindicatos, tan anterior a todo ello? ¿Más que las acusaciones a la industria de guerra, a la industria al servicio militar, que Eisenhower denunció al terminar su mandato, sin que su denuncia se examinase nunca a fondo? La respuesta es que no. ¿Por qué ha servido como «casus belli»? No es fácil decirlo. Puede presumirse que es por acumulación; el pueblo americano ha ido perdiendo demasiadas ilusiones, ha ido viendo demasiado deteriorado su ideal, y busca ahora una forma de expiación. Pero, ¿por qué lo ha visto ahora? Quizá por la coyuntura política mundial. Ya no hay guerra fría, ya China y la URSS son naciones amigas, y no hay espantajo de guerra, ni espantajo anticomunista, con el que recubrir la acción de pudrir la democracia hasta sus raíces. Ya no hay necesidad urgente. Quizá era éste el momento que muchos grupos temían: precisamente los grupos que no querían el apaciguamiento, el final de la guerra fría o la coexistencia. Era el momento en que iba a comenzar su muerte.

Pero, ¿cabe esperar que todo vaya adelante? ¿Va a ser éste el momento de la depuración? ¿Está dispuesto el Senado a ello? ¿O pueden más el régimen presidencial, el miedo a la verdad, el temor a las últimas consecuencias? El «deplorable incidente» que dijo Nixon se ha convertido en una crisis nacional. Unas veces, las crisis nacionales se salvan con la verdad y la depuración; otras, con un nuevo intento de disfrazarlo todo de carnaval político. Pueden servir para tres, cuatro, cinco años... No hay en este momento más razón para esperar que la solución sea depuradora que el hecho de que la opinión pública está enteramente implicada en el asunto y trata de liberarse a sí misma de una pesadumbre de conciencia: la de haber elegido con sus votos, la de haber permitido con la utilización de su «mayoría silenciosa» tantas aberraciones en tan pocos años. ■ J. A.



Apertura de la investigación del Comité del Senado en Washington.

primeras declaraciones ante el Comité, las de Dean, las de Magruder, tienden muy directamente a implicarle—, podría difícilmente permanecer en su cargo. Hay quien insiste en que debe aplazarse la visita de Brejnev prevista para mediados de junio: se considera que Nixon no estará en condiciones de hablar en nombre del pueblo americano. En realidad, toda la vida de la nación está suspendida.

Una corrupción histórica

Por eso tiene una importancia trascendental este juicio. No es sólo el caso Watergate el que se juzga, no es solamente el Presidente de la nación el que está más o menos acusado: es toda una larga corrupción histórica. El pueblo ame-

no por sí mismo (sistema que tantas veces ha sido falseado sin que se produzca el escándalo); puede hablarse de implicaciones económicas muy considerables. Es decir, si un grupo de «gangsters» se sostenían en el poder por toda clase de manejos, todo parece indicar que detentar ese poder debería tener altos intereses económicos. Ya no se pueden contener otras acusaciones, otras sospechas. Aunque puedan tener aún categoría de calumnias. ¿Con qué dinero se compró Nixon la casa de San Clemente? Hay quien dice que utilizó en ello 400.000 dólares tomados del fondo electoral, y que sobre ese pago al contado le dieron crédito por un millón más. Asunto sin importancia junto a otro que comienza a apuntar: el del cromo de Rho-